

OBJETIVO GENERAL: tomar conciencia de que Dios habla de muchas maneras y favorecer las condiciones que nos permitan aprender a escucharle.

TEMA 1: BUSCANDO LA LUZ

D.- EL HECHO DE LA PALABRA

OBJETIVO: tomar conciencia de que Dios ha hablado y habla de muchas maneras a su Pueblo, especialmente en su Hijo Jesucristo.

Catecismo de la Iglesia Católica
Lectura recomendada: números 51 a 64

I. COMUNICACIONES

II. TIEMPO DE ORACIÓN

III. CATEQUESIS

I. EN EL GRAN GRUPO

I. PRESENTACIÓN

- Nos hemos preguntado sobre nuestra experiencia de fe, en qué consiste creer para nosotros.
- También nos hemos preguntado sobre Dios: en qué Dios creemos, cuál es la imagen de Dios que tenemos presente en nuestras vidas...
- Ahora nos preguntamos si Dios habla hoy.
- Vamos a trabajar en pequeño grupo sobre el particular.

II. DINÁMICA EN PEQUEÑOS GRUPOS

En la misma sala, en pequeños grupos por proximidad, respondemos al siguiente

I. CUESTIONARIO

- * ¿Habló Dios en otro tiempo y se calló para siempre?
- * ¿Habló Dios en otro tiempo y continúa hablando?

* ¿Crees que Dios habla hoy al ser humano?

III. EN EL GRAN GRUPO

I. PUESTA EN COMÚN

Nota: Cada grupo comparte una síntesis de lo comentado y se anota en la pizarra.

II. PROFUNDIZAMOS

- Observamos lo aparecido en la pizarra.
- ¿Qué impresión, qué sentimientos nos produce?
- ¿Estamos de acuerdo con lo aparecido?

IV. DINÁMICA EN PEQUEÑOS GRUPOS

En la misma sala, en pequeños grupos por proximidad, respondemos al siguiente

I. CUESTIONARIO

- * Sabemos, por la Biblia, que Dios habló en otros tiempos. Si decimos que Dios habla hoy, ¿qué entendemos por ello?
- * ¿Tenemos alguna experiencia de que Dios nos haya hablado?
- * ¿Conocemos a personas a las que Dios les haya hablado?

V. EN EL GRAN GRUPO

I. PUESTA EN COMÚN

Nota: Cada grupo comparte una síntesis de lo comentado y de las experiencias que hayan aparecido.

II. PROFUNDIZAMOS

Aportamos lo que piensa la Iglesia sobre todo esto, desde su propia Tradición.

Nota: seguimos el Documento **El hecho de la Palabra**. Podemos leerlo y comentarlo.

- Comentamos lo expuesto, aclarando dudas.
- Si es posible, llegamos a alguna conclusión.

IV. CELEBRACIÓN

- Podemos finalizar la reunión con un breve momento de oración, que permita recoger los sentimientos aparecidos.

DOCUMENTO PARA LA CATEQUESIS

Por encima de todo, el Catecumenado supone la iniciación en la escucha de la Palabra de Dios *dicha hoy*, a la luz de la Palabra de Dios *dicha ya*, palabra recogida en la *Sagrada Escritura* y en la *Tradición viva de la Iglesia*.

La palabra **Catecumenado** procede del verbo griego *kat-echein*: resonar, hacer sonar en los oídos y, por extensión, instruir, catequizar. *Catecúmeno* es el que está siendo instruido, catequizado; el que está siendo iniciado en la escucha, no de una palabra cualquiera, sino de la Palabra de Dios. Realmente, el Catecumenado conecta con esta experiencia bíblica fundamental: *Dios habla hoy*. Y se pone al servicio de ella.

I. EL HECHO DE LA PALABRA

En la experiencia bíblica, el mayor problema religioso del hombre no está en *si Dios existe o no existe*, sino en *si Dios habla hoy o no*.

Así, el ser humano puede escuchar los pasos de Dios por el jardín de este mundo, pero también puede ocultarse (Gn 3,8); *el escuchar* constituye a Israel como Pueblo de Dios (Dt 6,4); Dios revela a Israel la Palabra, lo que no hizo con ninguna otra nación (Sal 147, 19 s.); frente a los dioses mudos de las naciones, *el hecho de la Palabra* caracteriza al Dios de Israel (Sal 115, 5); la Palabra es don de Dios para los sencillos (Sal 119, 130); sin ella, las gentes andan hambrientas, sedientas, errantes (Am 8,11s.); los profetas gritan con voz que nadie puede acallar: *Escuchad la Palabra* (Am 3,1; Jr 7,2).ⁱ

Se trata de escuchar no cualquier palabra, sino la Palabra de Dios, una palabra creadora en la cual fueron hechos los cielos y la tierra (Gn 1; Sal 33, 6-9), una palabra que se cumple en la historia (Ez 12,28), una palabra que denuncia las situaciones de opresión y encabeza la marcha de la libertad (Ex 3,7ss.), una palabra que, paso a paso, manifiesta a Israel la etapa a seguir en el camino de la salvación (Ex 3, 7-10; Jos 1, 1-5), una palabra que regula la vida del pueblo en términos de alianza y fraternidad (Ex 20, 1-17; Dt 5, 6-22).

El creyente necesita escuchar, si quiere saber el camino a seguir (Sal 143, 8), si quiere vivir conforme a la Palabra (Sal 119,25), si no quiere endurecer su corazón (Sal 95, 7ss.), si quiere una respuesta cierta a la inquietante pregunta: "¿Se ha agotado para siempre su amor? ¿Se acabó la Palabra por todas las edades?" (Sal 77, 9); si quiere, en fin, constatar la evidencia de este hecho impresionante: "No he hablado en oculto ni en lugar tenebroso. No he dicho a la estirpe de Jacob: Buscadme en el vacío" (Is 45, 19). Ciertamente, quien escucha la Palabra se siente urgido a tomar posición, lo cual compromete su destino (1Re 19, 10.14; Rm 11, 3), pero de su misión pende la suerte de muchos (Ez 3, 16-21; 33, 1-9) y, además, cuenta con la fuerza de la acción de Dios (Is 42, 1).

Para Jesús de Nazaret, evangelizar es sembrar la Palabra (Mc 4, 14); la Palabra es algo necesario, como el aire o el pan (Mt 4, 4); en torno a ella se constituye la verdadera comunión, la verdadera familia (Lc 8, 21); quien fundamenta su vida en la Palabra,

construye sobre roca (Mt 7, 24); quien la rechaza, introduce la más profunda división (Jn 10, 10); por su actitud ante la Palabra, serán juzgados los hombres (Jn 12, 48); con una Palabra que se cumple (Lc 4, 21), realiza Jesús los signos que manifiestan la presencia del Reino de Dios (Mt 8, 8.16; Jn 4, 50-53), el cambio de corazón que acompaña al perdón de los pecados (Mt 9, 1-7), la misión de los doce que continúa su propia misión (Mt 18, 18; Jn 20, 23) y la señal definitiva de la nueva alianza (Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25; Lc 22, 19-20).

Toda la Escritura se convierte en un testimonio a favor de Jesús (Jn 5, 39); Él es *la Palabra de Dios hecha carne* (Jn 1, 14), Palabra rechazada por los suyos (1, 11), Palabra que transforma en hijos de Dios (1,12), *Palabra crucificada, muerta y sepultada, Palabra resucitada*.

Para la Iglesia naciente, evangelizar es *anunciar la buena nueva de la Palabra* (Hch 8, 4); la Iglesia va creciendo, con su difusión (Hch 6,7; 12, 24; 19, 20); cuando los gentiles la acogen, se hacen creyentes, lo mismo que los judíos (Hch 10, 44; 11, 1); quien evangeliza, anuncia no una palabra de hombre, sino *la Palabra de Dios actuante y operante* (1 Ts. 2, 13), una palabra viva y eficaz (Hb 4, 12), no encadenada (2 Tm 2, 9), palabra que compromete, aunque la mayoría negocie con ella (2 Co 2, 17).

En fin, *escuchar o no escuchar, acoger o rechazar la Palabra*, he ahí la frontera de la conversión al evangelio del Cristo que vive.

El hecho de la Palabra sigue siendo *plenamente actual*. El Concilio Vaticano II lo proclamó así en nuestro tiempo: "Dios, que habló en otro tiempo, sigue hablando con la esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo, va conduciendo a los creyentes a toda la verdad, y hace que la palabra de Dios resuena en ellos abundantemente" (DV 8).

El Catecumenado, iniciando en la escucha de la Palabra de Dios, inicia en una experiencia que atraviesa vitalmente toda la Escritura y que afecta básicamente a la misión evangelizadora: "iban por todas partes anunciando la Buena Nueva de la Palabra" (Hch 8, 4).

De una u otra forma, al comienzo de cada proceso catecumenal (fase de la evangelización primera) se plantea el hecho de la experiencia de fe como experiencia de la Palabra de Dios en los acontecimientos. Como el evangelio con el que se identifica, la experiencia de la Palabra necesita (habitualmente) ser anunciada para que sea vivida.

Una y otra vez, la experiencia confirma la necesidad del anuncio, como procedimiento evangélico: "¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les anuncie? Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo" (Rm 10, 14-17). Según ello, si se retrasa el anuncio, se retrasa también la evangelización.

Lo que sucede es que no siempre el anuncio se realiza en clave de experiencia actual: "con hechos y palabras, intrínsecamente trabados entre sí" (DV 2), como conviene a la economía de la salvación.

Quien evangeliza es un testigo, no "un predicador vacío y superficial de la Palabra de Dios" (DV 25); por ello, desde la experiencia de fe convoca a la experiencia de fe. Como dijo Pablo VI: "En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?" (EN 46).

¹ Ver X. León-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica* (Ed. Herder, Barcelona: Palabra de Dios). Ver también López, J., *La conversión, postura permanente de las comunidades*. En *III Encuentro de catecumenados y comunidades cristianas* (Servicio Diocesano de la catequesis de adultos; Bilbao 1981) 31-32.

II. EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

El Concilio Ecuménico Vaticano II dio un gran impulso al redescubrimiento de la Palabra de Dios con la Constitución dogmática *Dei Verbum*.

El papa Francisco ha querido impulsar nuevamente la importancia y la presencia de la Palabra de Dios en la vida de los creyentes y de la propia Iglesia, instituyendo el **Domingo de la Palabra de Dios**.

Con estas palabras, comienza el papa Francisco la Carta Apostólica *Aperuit illis* (30 de septiembre de 2019), con la que instituye el **Domingo de la Palabra de Dios**:

"«Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras» (Lc 24, 45)... La relación entre el Resucitado, la comunidad de creyentes y la Sagrada Escritura es intensamente vital para nuestra identidad. Si el Señor no nos introduce es imposible comprender en profundidad la Sagrada Escritura, pero lo contrario también es cierto: sin la Sagrada Escritura, los acontecimientos de la misión de Jesús y de su Iglesia en el mundo permanecen indescifrables. San Jerónimo escribió con verdad: «La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo» (In Is., Prólogo: PL 24, 17)" -Aperuit illis, 1-.

"Me vienen a la memoria las enseñanzas de san Efrén: «¿Quién es capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases? Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos en que concentrar su reflexión» (Comentarios sobre el Diatésaron, 1,18)" -Aperuit illis, 2-

*"Así pues, establezco que el **III Domingo del Tiempo Ordinario** esté dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios. Este Domingo de la Palabra de Dios se colocará en un momento oportuno de ese periodo del año, en el que estamos invitados a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos. No se trata de una mera coincidencia temporal: celebrar el Domingo de la Palabra de Dios expresa un valor ecuménico, porque la Sagrada Escritura indica a los*

que se ponen en actitud de escucha el camino a seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad." (Aperuit illis, 3)

"Es profundo el vínculo entre la Sagrada Escritura y la fe de los creyentes. Porque la fe proviene de la escucha y la escucha está centrada en la palabra de Cristo (cf. Rm 10,17)..." (Aperuit illis, 7)

III. LA BIBLIA EN EL GRUPO

La experiencia muestra una y otra vez que el ser humano (y el grupo) no nace con una Biblia debajo del brazo. La acogida de la Biblia es ya el resultado de una primera evangelización.

La Biblia no es un libro más, es un libro vivo. De diversas maneras, ha expresado esto mismo el Concilio Vaticano II: "La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras como el Cuerpo mismo del Señor" (DV 21), "en los Sagrados Libros el Padre que está en los cielos sale con amor al encuentro de sus hijos y entabla conversación con ellos" (Ibíd.); "las Sagradas Escrituras contienen la Palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la palabra de Dios" (DV 24); en fin, como dijo San Jerónimo, "el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo" (DV 25).

No se me puede olvidar la experiencia de aquel muchacho que, después de mucho tiempo, se vuelve a encontrar con una antigua amiga a quien había perdido de vista y a quien su madre acababa de enviar a un recado. La conversación enseguida se hizo entrañable y profunda: "Tengo que decirte que yo he cambiado mucho", dice el muchacho. "Me he encontrado con Cristo... Y si no te importa, me gustaría regalarte una Biblia. Estoy seguro que, al hacerlo, te estoy regalando a Cristo". En el fondo, aquella tarde, la tradición viva de la Iglesia estaba en marcha.

Ciertamente, Dios puede hablar de muchas maneras; por tanto, sin la mediación directa de la Escritura. Al fin y al cabo, la Escritura es la transcripción de la experiencia de la Palabra de Dios en los acontecimientos. Lo primario es esto: la Palabra en los acontecimientos. Pero también (¡y de una forma especial!) la Escritura vuelve a hacerse viva hoy, se hace acontecimiento.

Su introducción en el grupo y su acogida por parte del mismo supone un paso decisivo y fundamental: "Estamos tocando a Cristo". Como dijo San Juan: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros" (1Jn 1, 1-3). También el Concilio hace suyas estas palabras, "al escuchar la Palabra de Dios religiosamente y al proclamarla confiadamente" (DV 1; ver CC 106-12).

El proceso catecumenal inicia en la Palabra de Dios *dicha hoy*, a la luz de la Palabra de Dios *dicha ya*, Palabra recogida en la Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia, cuya interpretación auténtica ha sido confiada al Magisterio vivo (ver DV 10; CT 27). Por ello, el proceso catecumenal –sin convertirse en un curso de exégesis o de teología– supone una *iniciación bíblica y doctrinal*, sencilla, viva, fundamental.

En efecto, como dice el Concilio, el intérprete de la Escritura ha de tener en cuenta "qué pretendieron expresar realmente los autores sagrados y qué quiso Dios manifestar a través de sus palabras"; de hecho, "la verdad se propone y expresa de diversas y variadas maneras según se trate de textos históricos (con diverso grado de historicidad), proféticos, poéticos, o de otras formas de hablar" y también "según determinadas circunstancias de su tiempo y de su cultura, por medio de los géneros literarios empleados en su época".

Pero, además, "como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el espíritu con que se escribió, para descubrir el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender con no menor diligencia el contenido y a la unidad de toda la Escritura, teniendo en cuenta la tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe" (ver DV 12; CC 228-30).

Normalmente, para llegar a entender el sentido de las Escrituras, se precisa de un "guía". La historia de la salvación es amplia, compleja y profunda. Una y otra vez, a quien, por propia cuenta, se pone a leer la Escritura, se le puede hacer la pregunta de Felipe en los Hechos de los Apóstoles: "¿Entiendes lo que vas leyendo?".

Y una y otra vez brotará espontánea la respuesta: "¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?" (Hch 8, 28-31). Es preciso añadir que Felipe no se limita a hacer exégesis, sino que evangeliza: partiendo del texto que iba leyendo el eunuco, "se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús" (8, 35).
